

Mahón, jueves 22 Julio 1915

EL PORVENIR DEL OBRERO

Barbarie y civilización

Toda la historia de la humanidad no es otra cosa que la lucha entre la civilización y la barbarie. Lucha de la humanidad que quiere avanzar contra la humanidad que quiere detenerse o retroceder; de la cultura contra la ignorancia; de la ciencia contra la religión; del derecho contra la fuerza, de la libertad contra la tiranía; de la equidad contra el privilegio. Siempre los hombres han combatido, cruenta e incruentamente, por el triunfo de una de esas dos tendencias, de uno de esos dos grandes grupos de sentimientos e ideas que pueden denominarse justamente bárbaro y civilizado.

Ese dualismo se advierte en la actual contienda guerrera. Con la guerra europea se ha llegado al punto culminante de la eterna lucha entre lo bárbaro y lo civilizado. De un lado están los imperios alemán, austriaco y turco, fieles representantes del absolutismo, de las castas, de la fuerza como norma del derecho, de la disciplina más brutal, de la tradición y del espíritu religioso, militarista y antiliberal. De la otra parte, las naciones que van cara al progreso, que representan la democracia, la libertad y el derecho. Es decir, de un lado la barbarie, y la civilización de otro. Y lo que representa cada uno de los dos grupos de naciones en guerra, es lo que triunfará o fracasará con ellos.

Si triunfasen los tres imperios coligados, es indudable que su maléfica influencia se dejaría sentir en todo el mundo. Si por efecto de la victoria de Prusia sobre Francia en 1870-71, Europa se resintió intelectual y revolucionariamente y retrocedió medio siglo, como sostienen Kropotkine y otros grandes pensadores, calcúlese qué funestas consecuencias no tendría ahora la victoria de los poderosos imperios centrales. Todo movimiento revolucionario sería imposible por espacio de muchos años, tal vez siglos. Inútil sería intentar luchar por la libertad. Pero ¿quién entonces pensaría siquiera en ello? Al triunfo de los germanos seguiría en todas partes una reacción feroz. Los pueblos que no cayesen inmediatamente bajo la tiranía de los prusianos, no tratarían sino de armarse hasta los dientes para defender su independencia nacional, amenazada constantemente por los imperialistas teutones. El Estado alemán sería entonces tan inmensamente poderoso y su tiranía tan terrible, que no acierta uno a imaginar quién pudiera vencerlo, ni quién escaparía a las férreas y humillantes condiciones que a todos imponería.

El triunfo de Alemania sería desas-

troso para la civilización y sobre todo para el socialismo. Se necesita estar ciego para no ver ese peligro. Lo han visto, con raras excepciones, todos los liberales del mundo, desde el monárquico hasta el anarquista. Todo el que alienta por la libertad está contra Alemania. Sólo los reaccionarios pueden en realidad estar con ella. Saben éstos, mejor aún que los liberales, que esta guerra, como otras muchas que en la historia figuran, equivale a una revolución; que su causa y la de los germanos es la misma; que si los aliados son derrotados se eclipsará la libertad, desaparecerá el peligro revolucionario, renacerán las ideas por cuyo predominio suspiran. Saben que si los imperios centrales son destruidos, caerá para siempre con ellos el absolutismo y el militarismo, que serán enterrados definitivamente sus sueños de dominación. Saben que si los aliados triunfan las tendencias regresivas encontrarán cerrados todos los caminos, que el ambiente será de libertad y progreso, que el mundo no marchará como ellos quisieran.

Sí. Sabemos todos muy bien lo que en esta guerra se ventila. En los campos de batalla se está jugando el porvenir del mundo. Esta guerra, por sus consecuencias morales, ideológicas y políticas, será la más grande revolución que vieron los siglos. Todo cambiará después de ella. Si triunfan los aliados, cosa que nunca hemos dudado, y por eso conservamos nuestro optimismo y propágameos que después de la guerra las ideas revolucionarias tendrán más virtualidad que antes, la humanidad entrará resueltamente en la vía progresiva; el derecho, la justicia y la libertad habrán triunfado. Si la victoria fuese de los imperialistas germanos, el mundo retrocedería; habría triunfado la fuerza, la reacción y el militarismo; la civilización habría sido vencida por la barbarie.

José Chueca.

La Nueva Internacional

Es prematuro hablar de su programa, organización y medios de acción: todo ello dependerá del resultado definitivo de la guerra y de las circunstancias en que se hallen las naciones al restablecerse la paz; pero tampoco hemos de esperar inactivos que la guerra termine; antes por el contrario, hemos de estar preparados para influir en su terminación, en las condiciones de la paz, en la vida interior de cada pueblo y en las relaciones que habrán de unirles a todos en grandiosa, práctica e indestructible fraternidad.

Lo que podemos y debemos hacer desde ahora es afirmar las bases para la intervención próxima y para la organización futura. Algo se ha hecho ya en este sentido. Anatolio France aconsejando una paz generosa, por más que la locura patriótica, en aquellos momentos de exaltación, hiciese callar su venerable voz. Sebastián Faure, con su manifiesto inoportuno, pero tan grande y delicado, como la rectificación después de la entrevista con el ministro: ambos documentos pasarán a la historia como ejecutorias de superior nobleza de corazón. Juan Grave al protestar de las palabras injuriosas contra el pueblo alemán, víctima de las locas ambiciones de su emperador y de la aristocracia militar al mismo tiempo que de la rapacidad de los capitalistas interesados en el negocio de la guerra. Estos hombres serenos y clarividentes en medio de la obcecación general nos señalan el camino que todos deberemos seguir en cuanto se manifiesten señales inequívocas de la derrota inevitable de los imperios militaristas.

También de Alemania han venido ecos de rebeldías contra la guerra y sus culpables; pero esas noticias no inspiran una completa confianza, por cuanto se ha dicho que de acuerdo con las autoridades se habían editado manifiestos pacifistas destinados a producir su efecto en las naciones contrarias o neutrales, pero que no habían circulado de ningún modo en Alemania ni en Austria; de los mismos periódicos socialistas se ha descubierto que insertaban artículos contra la guerra, pero que la autoridad recogía las ediciones en la misma imprenta y enviaba todo el papel al extranjero, donde el gobierno alemán fomenta la propaganda pacifista por todos los medios.

Así pues, de Alemania sólo sabemos que un grupo de socialistas, más o menos numeroso, es enemigo de la guerra, distinguiéndose Carlos Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Clara Zetkin, Rudle, Franz Mehring y otros, insuficientes para influir sobre el gobierno de su país mientras dure la guerra, pero que constituirán el núcleo alemán de la futura Internacional, al rededor del cual se agruparán los verdaderos socialistas, limpios de complicidades con el imperialismo, y todos los hombres de buena voluntad a quienes la visión de los horrores de la guerra hará comprender la necesidad de asegurar para siempre la paz.

Mientras sea de temer el triunfo de los imperios militaristas, nuestra acción favorable a la paz sería contraproducente, puesto que favorecería el triunfo de los causantes de la guerra actual y de las que necesariamente sobrevien-

drían si llegasen a imponer al mundo su régimen autoritario y militarista. Nuestra labor tendrá que comenzar precisamente cuando la fuerza militar de los imperios se halle tan quebrantada que no sea posible ni que triunfe del enemigo exterior ni que continúe dominando al pueblo en el interior. Porque la paz no ha de hacerse con los emperadores, sino con los pueblos libertados de la tiranía imperial.

Los emperadores y las aristocracias militares han de haber acabado para siempre.

No nos hacemos la ilusión de creer que el triunfo de las naciones democráticas asegure por sí solo la transformación del mundo en el sentido que deseamos. Lo que sabemos es que con la victoria de los imperios perderíamos toda esperanza de emancipación por muchos años, por más tiempo del que podemos vivir. En cambio, si vencen Inglaterra y Francia tendremos el camino abierto y nuestra acción tendrá la eficacia que sepamos darle con nuestra inteligencia y con nuestra energía; desde luego será posible la institución de la tercera Internacional mucho más fuerte y poderosa de lo que hubiéramos podido soñar mientras las aristocracias austriaca y prusiana mantuvieron a los pueblos europeos bajo la amenaza constante de una brutal agresión.

La paz que ha de procurar la Internacional no han de firmarla los emperadores, que son siempre enemigos, sino los pueblos, que son hermanos. Una paz generosa, fraternal, que no deje subsistir la idea de vencedores y vencidos. Para esto es necesario que estemos prevenidos para contrarrestar la irritación patriótica que buscará venganzas y represalias; para esto es necesario que, enseguida que hayan caído los emperadores, nos interpongamos para evitar que la lucha continúe entre los pueblos.

Terminada la guerra, la Asociación Internacional de los Trabajadores tendrá la misión inmediata de suprimir los odios, de borrar los agravios, de acabar con los rencores, asegurando la paz definitiva por medio de la fraternidad de los trabajadores de todas las naciones, que lejos de vivir enemistados o recelosos, se ayudarán mutuamente en la árdua labor de preparar y conseguir la emancipación económica, que será la gran revolución, ¡ojalá incruenta! de nuestro siglo.

Juan Cualquiera.

La variedad y hasta el conflicto son la vida.

La uniformidad es la muerte.

Kropotkine.

La guerra y la civilización

La justicia sin la fuerza es impotente; la fuerza sin la justicia, tirana. La justicia sin la fuerza es desoída; la fuerza sin la justicia, despreciada.

PASCAL.

La historia demuestra que nunca se abandonó un error y se aceptó una verdad pacíficamente, ni tampoco se conservó ésta sin la protección de la fuerza; y si esta afirmación se halla comprobada por el estudio de la vida de la humanidad, si todos los pueblos, sin distinción de cultura, religión ni régimen, la han evidenciado, ha de reconocerse su indiscutible verdad.

Los filántropos que sueñan en la paz universal, como los utopistas que confían en el exclusivo poder de la idea, viven, pues, fuera de la realidad de la vida, y su trabajo, por más que reconozcamos su buena fé, es pernicioso, porque sólo produce la prolongación de la injusticia si es fuerte, y el desconocimiento de la justicia si es débil.

Si una ley permanente existe en la historia es ésta: toda idea se establece por la imposición, no por la persuasión. Tertuliano pudo decir en el segundo siglo del cristianismo: «somos de ayer y ya nos extendemos por todo el mundo», creyendo que pronto el mundo iba a ser cristiano; y sin embargo, sólo cuando tuvo la fuerza, cuatro siglos más tarde, con el emperador Constantino, pudo imponerse, no el cristianismo, sino el catolicismo. Lo que consigue la idea por su propia bondad es generalizarse, adquirir partidarios, y estos, por su número y organización, adquieren fuerza, con ella luchan, combaten las preocupaciones y los intereses creados que se les oponen, y por último se imponen a consecuencia de una batalla decisiva.

Guerra y civilización son, pues, dos términos aparentemente contradictorios, pero que muchas veces se explican recíprocamente, dándonos el uno la razón del otro.

«Las batallas, dice Pi y Margall, han sido muchas veces una necesidad en el mundo. Se las cree todas hijas del capricho, ya de los reyes, ya de los pueblos; pero injustamente. En muchas se han hallado frente a frente dos principios. La civilización ha luchado con la barbarie, la idea con la realidad, lo porvenir con lo pasado. Las revoluciones y las reacciones no son más que batallas: ¿sabéis por qué las hay en los pueblos? Llevamos la contradicción en el espíritu: ¿cómo no ha de parecer en los hechos de la humanidad y el hombre? He aquí por qué vivimos separados en bandos y remueve la guerra el suelo de las naciones».

La paz y la guerra, dice el autor que nos sirve de guía en este trabajo (1), vienen representando los dos polos de la historia, cuyos verdaderos nombres son el *derecho* y la *fuerza*. Entre dos polos gravitan el mundo moral y el mundo físico; como que de su contradicción nace la armonía y de su antagonismo el equilibrio. El secreto de la

actividad social no es otro que esa perenne contradicción y ese antagonismo constante que así se revela en la naturaleza como en el hombre, en el hombre como en la familia, en la familia como en las sociedades. Vida de luchas incesantes en todas las esferas, vida sembrada de obstáculos a través de los cuales el progreso se realiza de un modo penoso, pero constante. La idea lucha a veces con la fuerza, y es la fuerza misma la que asegura su dominación; porque a la postre ésta viene a convertirse en su esclava, pero no sin haber recibido la terrible sanción de los combates. En cambio, la fuerza que se revela en toda su plenitud en la guerra, no puede destruirse si no se destruye también la libertad necesaria a la realización del progreso. Dentro de esa vastísima esfera se mueve el hombre con toda su grandeza y la humanidad se desarrolla más cumplidamente.

Cuando una civilización no guarda equilibrio con la fuerza, si no desaparece por completo, queda oscurecida, como consecuencia de su propia debilidad. Por esto Grecia sucumbió al poderío romano, Roma y la civilización latina cayeron a los empujes de los bárbaros; así cayó en España el poderío godo, lo mismo que el caduco imperio de Oriente, y así pesó sobre la Italia del Renacimiento el azote de una doble invasión. Así se explica el fracaso de Polonia y la humillación de la Francia corrompida por el régimen imperial ante la fuerza avasalladora de los ejércitos prusianos.

El ideal del mundo antiguo, que era la conquista, lo realizó Roma por la fuerza y por la guerra. Tenía por objeto este ideal la fundación de una gran unidad material, la unidad de todos los pueblos bajo la dominación de Roma, la reunión de todos los cultos en el Panteón, de todas las sectas en el Foro, consiguiendo sólo positivamente la amalgama de todos los vicios que transformaron la Roma de los Césares en un lupanar. Pero sobre aquella unidad absorbente tomaba asiento una idea civilizadora, un nuevo derecho, para el cual habían abierto camino las lanzas del legionario, la inteligencia de los capitanes que sojuzgaron sus provincias y la de los cónsules que les dictaron leyes; así llevó a gran parte de la tierra su régimen municipal, sus costumbres y sus artes.

Ya antes de que esto se realizara, las naves del errante fenicio que lleva la civilización egipcia a las playas griegas, y la heroica expedición de Alejandro al través de las misteriosas regiones del Asia, preparan en Oriente el advenimiento de una nueva edad. Y obsérvase que si la guerra concluye a veces con una civilización, no es sin que a su vez esta triunfe de la fuerza y se imponga a sus mismos dominadores. La corrupción asiática alcanzó a los griegos y los vicios de Oriente a los romanos, preparando en Occidente el camino a los bárbaros, cuyas primeras avanzadas, sometidas al civilizador influjo latino, transforman sus usos al poco tiempo de caer sobre el imperio. Es de ello ejemplo patente el pueblo godo, a quien cupo estable dominación en España.

Posteriormente y ya en pleno Renacimiento, Italia, invadida a la vez por

franceses y españoles, falta de unidad, combatida por sus príncipes y sus repúblicas, cubierta de ruinas y de sangre, pero radiante de esplendor y de belleza, donde brotan con el Renacimiento todos los gérmenes de la vida moderna, se impone a sus conquistadores, españoles y franceses, se impone a Europa, dicta a todos sus usos y costumbres, les deslumbra con sus obras maestras y su refinada cultura, y salvando los ensangrentados campos, se enseorea de las cortes del Mediodía.

Entonces España dirige a un nuevo mundo sus carabelas conducidas por un hombre de genio, y si tras él el espíritu aventurero hace a la virgen América presa de perturbadores elementos, entrega a la civilización un nuevo continente, abriendo ilimitado campo a la actividad humana.

La triple revolución religiosa, filosófica y político social por que cruzan respectivamente los siglos XVI, XVII y XVIII, se desarrolla por la guerra en Flandes y en Alemania, en Inglaterra y en Francia. Las diferencias religiosas hacen del primero de aquellos pueblos un sangriento teatro, donde se asegura por las armas la libertad de conciencia predicada por los reformadores; así como la fermentación político-social desarrollada en Francia por los enciclopedistas, al estallar imponente y grandiosa en aquel país, levanta ecos de guerra allende el Rhin, los Pirineos y los Alpes, cruza la tierra y el mar y comunica el incendio por el mundo; atacada por una coalición poderosa, se defiende con sublime heroísmo, y concluye por ser su heraldo el mismo hombre que trata de ahogar la revolución entre sus brazos y que la propaga por Europa llevándola envuelta entre los pliegues de sus banderas. Tomó la forma de un águila y como ella batió el espacio con sus alas cruzando altiva el continente entre el humo de cien combates.

¡He aquí la guerra! Italia conquistó la unidad a sus ecos; Grecia un nombre; Austria vió abatido su antiguo poderío; Francia ganó y perdió su reputación militar en breve tiempo y, más rápidamente aun, parte de su territorio; Prusia ató en inseguro haz algunas provincias coronándolo con una diadema imperial; Turquía, no sin dignidad, se ha visto próxima a desaparecer; Rusia, ganosa de dominación, nada ha resuelto en definitiva; surgen y desaparecen pequeños Estados entre ese caos en que oscilan la *fuerza* y el *derecho*.

«La idea de la paz permanente, dice Martínez de Monge en su libro *La Razón de la guerra*, data de muy remota antigüedad. Ella fué la que inspiró a los griegos la institución de los *Anfictiones*, o sean representantes de todas las Colonias y Estados de Grecia, que, reuniéndose dos veces al año en el templo de Ceres, deliberaban sobre cuestiones religiosas y resolvían sobre las diferencias entre las ciudades *anfictionesas*, reconociendo ciertas garantías en los casos en que no pudiera evitarse la guerra. A pesar de tener facultades para exigir el cumplimiento de sus decretos a todos los pueblos que formaban parte de la confederación, jamás pudo con el espíritu individualista de la raza helénica y nunca llegó a

ser considerada como verdadera dieta nacional.

»En 1464 el rey de Hungría, hallándose en lucha con el papa y con el emperador, envió una embajada a Luis XI, rey de Francia, para proponerle se convocase una asamblea de reyes y de príncipes, con el objeto de constituir nuevamente la Europa, coligándose al efecto los Estados secundarios contra el pontificado y el imperio, a fin de prevenir la opresión de estas dos potencias; semejante proyecto, que por entonces no tuvo acogida, fué modificado más tarde por Enrique IV, quien lo sometió sucesivamente a Isabel y a Jacobo I de Inglaterra, sin conseguir resultado alguno.

»En esta época, y después de ella, gran número de hombres eminentes han procurado hallar los medios de mantener la paz; Emerie Lacroix en 1623 propuso constituir una dieta internacional permanente, donde los miembros elegidos por los pueblos tuvieran la misión de examinar las causas de las guerras y dirimir las contiendas; dos años más tarde, Crocius en su tratado *De Jure belli et pacis*, invita a las potencias cristianas a reunirse en los casos de conflictos internacionales, con objeto de obligar a las partes contendientes a recibir la paz en condiciones equitativas; en 1693 William Penn escribió en Londres un *Estudio sobre la paz presente y futura de Europa*, con el mismo fin; en 1745, apareció el *Proyecto de paz perpétua* del abate Saint-Pierre, que tiende a eternizar el *statu quo* e imposibilita la emancipación de los pueblos, formando una liga de soberanos. Bentham, Fourier, Saint-Simon, Kant y otros han continuado sosteniendo la idea de diferentes modos y últimamente ha circulado una pequeña cartilla, dando las bases para el Congreso de la paz».

Desde la institución de los *Anfictiones*, 1496 antes de nuestra era, según Odyse-Barrot, se han jurado en el mundo 8397 tratados de paz, y en ese período de 3357 años figuran 227 años de paz frente a 3130 de guerra, que han producido, calculando a bulto, la muerte de más de 151 millones de hombres.

Todos estos tratados revisten cierto carácter de perpetuidad, todos se han cerrado con las mayores formalidades y acompañado de las más solemnes promesas. Y sin embargo, la historia acusa que la duración por término medio de esos 8397 tratados ha sido la de dos años. ¡El viento se ha llevado los juramentos como las palabras! Y a medida que la civilización se va desarrollando, si ha ido en aumento el número de convenios diplomáticos, no ha disminuído el de las batallas.

«De hecho, dice Salières, la diplomacia ha fomentado más las guerras que contribuído a contenerlas. Firmar tratados de paz después de la lucha es reconocer las pretensiones del vencedor. Un tratado es sólo un armisticio o una tregua, o si se quiere un pedazo de papel que uno de los firmantes rasga de un sablazo. Los que firman prometiendo y concediendo con las bayonetas del enemigo en el pecho, se creen desligados de su compromiso cuando se sienten fuertes para resistir o atacar. Esto es lo que constantemente prueba la historia.»

(1) Barado, *La Guerra y la Civilización*, interesante opúsculo que extractamos con el beneplácito del autor, adaptando los datos históricos que contiene a nuestro criterio.

Entre todos los tratados firmados por las potencias desde la paz de Westfalia, sólo hay uno observado fielmente, el de Methuen, de 27 de Diciembre de 1703, ajustado entre Inglaterra y Portugal, perjudicialísimo para los portugueses, única razón de su *fiel observancia*.

Después que se hubo propagado el derecho en Europa como cuerpo de doctrina, la historia consigna atroces atentados contra el derecho, entre los que en época reciente figura el reparto de un pueblo por tres poderosas potencias.

Estos gravísimos ultrajes a la justicia se han repetido incesantemente, a pesar de la solemnidad de los tratados y de los siguientes congresos: de Munster y de Osnabruck en Westfalia, 1648; de los Pirineos, 1659; de Oliva, que fundó la soberanía de Prusia e inauguró el desmembramiento de Polonia, 1560; de Breda, 1667; de Aquisgran, 1668; de Radzyn, 1670; de Niméga, 1678; de Francfort, 1681; de Andrusowí, que continuó el desmembramiento de Polonia, 1684; de Altona, 1689; de Ryswich, 1697; de Carlowitz, 1698; de Utrech, 1713; de Baden, 1714; de Brunswick, 1714; de Amberes, 1715; de Passarowitz, 1718; de Nystadt, 1721; de Cambray, 1722; de Soissons, 1728; de Niemeroff, 1737; de Abo, 1741; de Aquisgran, 1748; de Hubertsbourg, 1763; de Folskchany, 1772; de Bukarest, al que siguió el famoso tratado de 1774 entre Prusia y Turquía, 1773; de Teschen, 1779; de París, seguido del tratado de Versalles, de 1783, 1782; de Versalles, que produjo el de Fontainebleau de 1785, 1784; de Reichembach, 1790; de la Haya, 1790; de Sislowa, 1791; de Rastadt, 1797 y 1798; de Amiens, 1802; de Erfurt, 1808; de Fassy, 1809; de Praga, 1813; de Chatillon, 1814; de Viena, 1815; de Aquisgran, 1818; de Carlsbath, 1819; de Viena, 1820; de Troppau, 1820; de Verona, 1821; de Londres, 1830 y 1836; de París, 1857; de Berlín, 1878.

Es evidente que la paz es una aspiración, un ideal, que si algún día llega a realizarse, será únicamente cuando la Sociología haya dicho su última palabra respecto a la teoría de la sociedad, y cuando la Revolución haya cumplido su misión de imponerla a la práctica; y una vez más, y acaso sea la última, aunque no nos atrevemos a prejuzgarlo, la fuerza será servidora del derecho, y derecho y fuerza será una misma cosa que presente dos fases distintas, porque el antagonismo que les separaba habrá desaparecido en la unidad de la justicia.

Dice Guizot: «El derecho no es nada cuando no se cuenta con la fuerza para que prevalezca». Tan tremendas palabras, que parecen inspiradas por el cinismo de un salteador de caminos, encierran una solemne lección, y si los socialistas la olvidan caerán en un ridículo quijotismo.

Es necesario definir el derecho; pero no menos necesario es armarse y organizarse para imponerle y, si conviene, conservarle. Lo contrario es pisotear el derecho inspirados por miserable debilidad. La injusticia cometida pacíficamente, extendiéndose por todos los ámbitos de la tierra y prolongán-

dose a través de las generaciones, es un mal infinitamente mayor que un campo sembrado de cadáveres y una ciudad en ruinas; la primera es el mal viviendo sujeto a método y sistema y sin fin probable; lo segundo es la tempestad, a cuyo fragor tiembla la naturaleza y que después ejerce saludable y benéfica influencia.

Victor Hugo, luchando, como hombre de imaginación, con opuestos sentimientos, exclamó un día: «¡Deshonremos la guerra!». Después comprendió su error y escribió: «No se pone la paz debajo de la fraternidad; la paz es su resultado: no se decreta la paz, como no se decreta la aurora».

En resumen: Si el pensamiento indicó la vía que el progreso debía seguir, la guerra desbrozó el camino arrancando intereses y preocupaciones, y lo hasta aquí sucedido irá sucediendo hasta que la sociedad encuentre perfecto asiento. La guerra, pues, es un auxiliar del pensamiento, y condenarla en absoluto es anular a la vez el pensamiento y renunciar al progreso.

Anselmo Lorenzo.

Nota de la Redacción: Este escrito fué publicado en la revista *Acracia* de Barcelona en 1886 y reproducido por la revista *Natura*, también de Barcelona, en 1904.

Falsos revolucionarios

Algunas ideas tienen una buena apariencia y nos conquistan en el primer instante; pero al reflexionar sobre ellas se desvanece su encanto; y si la reflexión no basta, la realidad de la vida se encarga de desengañarnos. Así ha sucedido que muchos, yo entre ellos, hubimos de aceptar por buenas, hace bastantes años, las ideas que todavía explica Manuel Andreu, todas muy viejas ya, tan viejas que el tiempo las ha destruido por completo.

Los que nos llamamos racionalistas nos distinguimos de los fanáticos religiosos precisamente en que podemos cambiar de ideas. Los sectarios tienen sus dogmas inmutables: si la razón los rechaza, se condena a la razón; si la ciencia los contradice, caen fulminantes anatemas sobre la ciencia; se tapan los oídos para las palabras nuevas, se cierran los ojos para los hechos nuevos y se excomulga al hereje, salvando la pureza de la doctrina de las «desviaciones lamentables».

Los sectarios religiosos hablan y obran así porque poseen la verdad revelada y todo lo que a ella se oponga merece condenación. Pero los que no creemos en revelaciones divinas hemos de proceder de otra manera y no nos averguenza el reconocer un error, ni nos desacredita el cambiar de opinión cuando adquirimos una verdad nueva, cuando al contacto de la realidad se desvanecen algunas de nuestras ilusiones; y este criterio tiene mayor aplicación a las cuestiones de táctica y procedimiento.

Los anarquistas de primera hora creyeron en la posibilidad de la revolución social inmediata y rechazaban la cooperación con los afeines, considerados como un estorbo. Andreu todavía cree que si desapareciesen los partidos republicanos y el socialista, los obreros todos vendrían al anarquismo y se haría la revolución enseguida. Andreu todavía cree que los republicanos y socialistas no son una fuerza progresiva, sino un estorbo para la revolución social.

Sin embargo, la experiencia nos enseña que la propaganda anarquista no prospera y arraiga en los países atrasados, de tradición carlista, en que el obrero vive sometido al sacerdote. Por el contrario, las poblaciones y comarcas donde un nú-

mero considerable de trabajadores ha podido comprender las ideas anarquistas, han sido precisamente aquellas en que una antigua preparación anticlerical y democrática había predisposto los entendimientos y los caracteres. Salvo insignificantes excepciones, en donde hubo y hay más republicanos hay también más socialistas y más anarquistas; mientras que las extensas regiones donde reinan la tradición, la religión y el analfabetismo, carecen de ambiente para todas nuestras propagandas.

Todavía nos ha enseñado más la experiencia, puesto que hemos podido observar que allí donde los partidos republicanos y el socialista perdían terreno, por cualquier causa, no lo ganaban las ideas anarquistas, sino el caciquismo y el clericalismo, de cuya reacción todos somos víctimas. Las divisiones entre los republicanos y su consiguiente debilitación, no solamente les han perjudicado a ellos, sino que a todos nos han hecho retroceder, envalentonando a los elementos conservadores y regresivos y ocasionando la resurrección del carlismo.

Aunque Andreu, a pesar de su afición a las teorías evolutivas, lo ignore, el ideal anarquista no es inclusivo, sino el último hijo de la familia liberal y democrática, participando de la suerte de toda ella y alcanzándole no pequeña parte del odio de los enemigos del progreso humano.

En la revolución de 1909 no salieron a la calle los anarquistas solos, ni los socialistas solos, ni los republicanos solos; salieron todos los revolucionarios y a todos corresponde la gloria del intento y la responsabilidad del fracaso.

Pasó lo que pasó precisamente porque fué una sorpresa, por la espontaneidad y entusiasmo con que el pueblo secundó una manifestación de protesta, convirtiéndola en un movimiento revolucionario. Si hubiesen tenido que ponerse de acuerdo los jefes de unos y otros, nada se hubiera hecho, porque, como escribí otro día, los trabajadores republicanos, socialistas y anarquistas se estiman fraternalmente, pero los malos pastores se odian como rivales y fomentan las desavenencias. Porque no se reunieron los jefes pudo realizarse el movimiento; pero también por ello fracasó y el pueblo se vió dueño de la calle sin saber que hacer, sin dirección, sin plan, sin ninguna probabilidad de llegar a un resultado positivo.

«Cuando hagamos otra, dice Manuel Andreu, se hará mejor, por la experiencia del pasado».

¡Ojalá que así fuese! Pero, según todos los indicios, la lección no se ha aprovechado. Por el contrario, persisten los mismos defectos, las mismas intransigencias, la misma falta de preparación, de organización y, lo que es peor, de espíritu revolucionario.

Preparar un motin es fácil; bastan unos descontentos para promover un alboroto; pero una revolución que modifique la manera de ser de un pueblo, necesita larga preparación intelectual y material. Hace falta primero la convicción popular de su necesidad; luego un conocimiento general de los propósitos revolucionarios; finalmente, una confianza racional en la eficacia y suficiencia de los medios que se van a emplear.

Mi contrincante reconoce que los revolucionarios desorganizados no podrían oponerse a los ejércitos del Kaiser victoriosos. Tampoco podrían luchar con ningún otro ejército.

La guerra nos ha puesto ante los ojos la fuerza inmensa de que disponen los gobernantes. Veamos lo que pueden hacer los revolucionarios. El mismo Andreu lo dice: «¿Cómo podríamos evitar una reacción liberticida? Resistiendo, repeliéndola, agi-

tándonos, sacudiendo la pereza que nos agobia, siendo *intransigentes*, declarando la huelga general, etcétera, mil formas, medidas y procedimientos que se aplican según los casos, como las recetas según la enfermedad.»

Es decir, nada entre dos platos. Andreu escribiría unos artículos pegando fuerte, pronunciaría unos discursos dantonianos, aconsejaría una huelga general como la que figura acordada en el supuesto Congreso del Ferrol y luego una etcétera y mil formas y recetas que es como decir ninguna. Demuestra su manera de hablar que ni Andreu sabe como se ha de hacer la revolución, ni ha pensado en ello nunca. Le bastan sus articulos y sus discursitos para su personal satisfacción.

Los terroristas verdaderos, equivocados o no, sacrificaban su vida en primer término y sus nombres se pronuncian con amor o con odio, pero siempre con respeto. Luego vinieron quienes del terrorismo hicieron una criminal parodia e inventaron una lucrativa industria. De igual modo se ha creado la industria de la literatura revolucionaria.

Los antiguos prestigios del anarquismo barcelonés se explotan para exportar a literatura barata que gusta de momento a los infelices trabajadores que viven tan malamente en todas las provincias españolas; pero que no conduce a ningún resultado práctico, a ningún mejoramiento positivo para hoy, ni a ninguna esperanza racional para mañana. Ni enseñanzas, ni organización, ni preparación. Palabras solamente, que por su misma vaciedad, en vez de levantar el espíritu revolucionario, lo entontecen y lo aniquilan.

Después de la fracasada revolución de 1909 ¿qué se ha hecho? ¿qué se ha intentado siquiera?

El Congreso del Ferrol ha demostrado la impotencia lamentable del anarquismo español, mal dirigido por los intransigentes, por los revolucionarios de boquilla. El gobierno se atrevió a prohibirlo arbitrariamente y se le contestó con amenazas que no se han cumplido, que no se cumplirán, porque las energías se desparraman por los artículos furibundos y por los discursos rabiosos. Siguiendo por ese camino, llegaríamos bien pronto a la anulación definitiva.

Afortunadamente, los partidarios de la brutalidad y de las bravatas no tienen el monopolio de las ideas anarquistas. Estas nacieron del estudio y de la abnegación de hombres eminentes y se esparcieron por todo el mundo, iluminando muchas inteligencias. Los malos pastores del anarquismo español, tan parecidos en todo a los caciques políticos, a quienes por un lado combaten y por otro solicitan sus favores, obligándoles a subir las escaleras de los gobiernos civiles, de las audiencias y de los ministerios, esos malos pastores desaparecerán, pero las ideas permanecerán, formando la base del programa de la nueva Internacional que unirá después de la guerra a todos los trabajadores de los países libres.

Nakens ha dicho: «Los que han fracasado absolutamente e irremisiblemente son esos sindicatos llamados instituciones, iglesias y partidos, que se apoderaron de la administración de los *ideales* y los administraron en provecho personal y en daño de los mismos. Fracasaron las industrias, no las fórmulas. Los ideales quedan corroborados; las personas quedan fusiladas.»

El diario *Les Misérables*, de Barcelona, nacido para combatir al *requeté*, ha publicado también algunas verdades amargas, para los revolucionarios germanófilos, que no figuran ostensiblemente al lado del *requeté*, pero que atacan inoportunamente a los enemigos del *requeté*. Y lo malo no está en que las haya dicho, ni en que sean amargas, lo malo está en que son verdades,

Estamos abocados a una guerra civil entre los defensores de la libertad y los partidarios del absolutismo. Se acerca el momento en que será preciso y urgente sanear el campo revolucionario.

Lucifero.

Publicaciones de la Escuela Moderna

CALLE CORTES, 478. — BARCELONA

La Cultura Alemana contra la Civilización (*El choque de dos mentalidades*), por A. Vanuci, versión española de Cristóbal Litrán.

Es este un libro sensacional que indigna contra la barbarie, que convence y afirma al hombre de justicia en su amor al derecho; más que eso, en su amor a la justicia, sentimiento superior al que aparece desnaturalizado en los Códigos escritos de los pueblos pseudo-civilizados y libres.

Vanuci, pseudónimo de un meritísimo escritor belga, pone por epígrafe a su trabajo estas líneas de Montaigne: «Este es un libro de buena fe». Y lo es. Lo afirmamos sin que el lector pueda desmentirnos.

Le indigna al autor del libro el atropello del pueblo belga; le subleva la doctrina militarista alemana, y contra ella se alza airado formulando terribles acusaciones. Y como su libro «es un libro de buena fe», prueba sus acusaciones con testimonios vivos, fehacientes, contundentes, irrevocables, que le facilitan los alemanes, los propios acusados.

Otros han escrito la historia trágica de esta guerra, su acción; pintado los campos de batalla, el choque inconcebiblemente sangriento de los ejércitos beligerantes; retratado con los más vivos colores esta espantable y regresiva carnicería humana; Vanuci por el contrario, escribe de manera magistral la historia psicológica, documentada, de esta bárbara lucha provocada por Alemania, invocando la cultura para deslumbrar a los sabios, a Dios para poner de su parte a los creyentes.

En este libro, concienzudo análisis anatómico de la conciencia de un pueblo y de una raza, se ve al militarismo prusiano siguiendo sin emienda y sin adaptarse al medio, su filiación étnica, fisiológica y psicológica; místico, altivo, brutal, dominador, egoísta, pagado de sí, animal de presa a quien el barniz de civilizado no sirve para otra cosa más que para lo que al lobo de la fábula le servía la piel del cordero: para precipitarse arteramente sobre el indefenso y desprevenido rebaño. Ejemplo, Bélgica la mártir.

El pensador, el sociólogo, el pedagogo, todos los que se interesan por el porvenir humano, tienen mucho que estudiar y aprender en **La Cultura Alemana contra la Civilización**.

En este libro se ve de qué manera tan terrible obra sobre hombres y pueblos la herencia físico-psicológica; como el misticismo envenena las almas hasta el punto de lanzarlos a los más horrendos delitos en nombre de un supuesto Dios; como la educación agrava el mal halagando los perversos instintos, fomentando el espíritu guerrero, haciendo creer en los hombres superiores, las razas elegidas, los pueblos predilectos de Dios, en cuyo nombre se viene perdurablemente escribiendo con sangre la historia estupefaciente del humano linaje.

La Cultura Alemana contra la Civilización (*El choque de dos mentalidades*) forma un tomo de 240 páginas y se halla de venta en todas las librerías.

En rústica 2 pesetas.
En tela 3 »
Edición especial de gran lujo. 5 »

La misma casa tiene en prensa **La guerra moderna según el Estado Mayor Alemán**.

Seguirán a estas obras, entre otras, las siguientes:

El Prusianismo y su destrucción, obra del conocido autor inglés Norman Angell.

Las grandes figuras del Imperio Alemán (El Kaiser y sus hombres).

La Cultura Alemana contra la Civilización, igual que todas las publicaciones de la Escuela Moderna, se halla de venta en la Tipografía Mahonesa, calle Nueva, Mahón, y pueden hacerse encargos a nuestros repartidores, así como a nuestros corresponsales de todas las poblaciones de la isla.

Misterio revelado

En las trincheras de la guerra se ve que la *milicia*, como tal, queda anulada y reducida a cero. El valor personal, la fuerza muscular, la arrogancia, la agresividad... ¡son ampollas de jabón!

La ciencia los ha matado. Ante el gas producido en el gabinete de un químico vuelven la espalda todos los héroes del sable y de la espada. La milicia ha dejado de ser el primer poder de las naciones.

Antes que la milicia se ha colocado la *industria*; antes que la industria, la ciencia; antes que la ciencia, la riqueza para crearlas y nutrir las.

En adelante, nación pobre, nación vencida.

Sin riqueza no hay ciencia ni industria; sin ellas la milicia es el gazapo que huye a esconderse en el cado.

He aquí la gran revelación. La milicia, que en vez de venir a fomentar la riqueza del país, la devora, es su primer enemigo. El país más rico podrá ser el más sabio y el más industrial. La ciencia será la fuerza. Ella ha desarmado ya al militarismo.

El Motín.

ASUNTOS VARIOS

¿Qué pasa en Andalucía? ¿Se ha inventado una nueva Mano Negra?

En los diarios burgueses hemos leído inverosímiles noticias de complots descubiertos en pequeñas poblaciones de la provincia de Cádiz. Se trataba de asesinar alcaldes, jueces, curas y ricos propietarios. ¡El acabóse!

Procuraremos enterarnos, porque se nos antoja que los inventores de tales patrañas, igual que los provocadores de los tristes sucesos de Torreperogil, llevan malas intenciones.

El caciquismo andaluz no tiene entrañas y goza de la impunidad más escandalosa.

Es preciso que todos los obreros hagan por enterarse de lo que pasa en Andalucía.

Tierra y Libertad ya no publica la célebre suscripción «Pro revolución mejicana», a fin de poder decir que no tiene ninguna complicidad con los estafadores, cuando la estafa sea conocida en todas partes.

Pero en la imprenta Germinal tiran el semanario *Reivindicación*, «defensor de la Revolución expropiadora de Méjico».

Al mismo tiempo, *Tierra y Libertad* no quiere polémicas y Herreros no se defiende ni sostiene sus invenciones calumniosas, pero nos hace dirigir insultos necios y amenazas ridículas en *Reivindicación*.

Esta es la moral anarquista de Tomás Herreros y de sus cómplices.

Los compañeros sevillanos han celebrado una reunión, acordando la publicación

de un periódico en la región andaluza, para lo cual solicitan el apoyo de todos, por lo que nos han enviado una circular que hoy no publicamos por falta de espacio.

Cuantos simpaticen con esta laudable iniciativa pueden dirigirse a José Sánchez Rosa, Enladrillada, 49, dup., Sevilla.

Del mismo compañero recibimos esta nota:

«Los periódicos obreros a quienes adrede el compañero José Mata, de Río Galle-gós, que lo comuniquen a José Sánchez Rosa, de Sevilla, para abonarles la cuenta que tenga pendiente dicho compañero.»

Los anarquistas germanófilos copian regocijados de *El Heraldo de Hamburgo* (edición española) un escrito publicado hace años por Delaisi en *La Guerre Sociale*, pretendiendo echar todas las culpas de la preparación de la guerra sobre Inglaterra y Francia.

Aquel trabajo de imaginación, más que de estudio, pudo tener su oportunidad en las luchas contra el militarismo para prevenir las guerras; pero seguramente su autor no lo firmaría en las presentes circunstancias.

El Heraldo de Hamburgo cumple su misión rebuscando por todas partes lo que pueda favorecer a los ejércitos del kaiser en su sangrienta lucha y ocultando lo que pudiera resultar beneficioso para las naciones enemigas; pero es vergonzoso que demuestren la misma parcialidad los que titulándose enemigos de la guerra publican todo cuanto creen que puede perjudicar a Francia e Inglaterra; beneficiando así a los imperios militaristas y a los clericales absolutistas españoles.

En la reunión celebrada en la Sorbona, de París, por iniciativa del «Office Central des Nationalités», estuvieron representadas veinte y cuatro naciones, entre ellas Cataluña.

Es la primera vez que la nación catalana se presenta con personalidad propia ante Europa y sería deplorable que la bota del militarismo prusiano aplastase los anhelos de libertad que manifiestan las pequeñas nacionalidades.

Los compañeros de la «Liga para la defensa y propaganda de la Enseñanza Racionalista», de Sabadell, sortearán seis lotes de libros, entre ellos «El Hombre y la Tierra» y «La Gran Revolución», a beneficio de la Escuela Racionalista de aquella industriosa población.

Tres números un real.
Dirección: calle de la Estrella 110, Sabadell (Barcelona).

Luis Bonafoux ha dicho en «El Diluvio» de Barcelona que Fernando Tarrida no era anarquista, por lo menos desde el año 1897, presentándole solamente como un separatista cubano.

Esta afirmación del agudo cronista está desmentida por la colaboración de Tarrida en periódicos anarquistas en fecha muy posterior a la citada, por su correspondencia con Anselmo Lorenzo y por el testimonio de todos los compañeros que le conocían y con él estaban relacionados.

Sentimos tener que rectificar a Bonafoux, precisamente cuando la prensa reaccionaria, comenzando por «A B C», le alaba por su veracidad e imparcialidad.

Hemos visto con alegría la reaparición de uno de los periódicos mejor pensados y escritos, *El Nuevo Régimen*, fundado por el gran Pí y Margall.

Sale ahora en forma de revista mensual, de elegante y severo aspecto, publicando en su primer número el célebre programa de 22 de Junio de 1894.

Redacción y administración: Olózaga, 14, 2.º, izquierda. Madrid.

Puntos de venta de este semanario en Barcelona.— Kiosko del Liceo, Rambla del Centro, Llano de la Boquería.—Kiosko de la Ronda de San Antonio, frente de la calle Poniente.— Kiosko de la calle de Vilanova.

BIBLIOTECA DE EL PORVENIR DEL OBRERO

EL PATRIMONIO UNIVERSAL (*Conferencia sociológica*), por Anselmo Lorenzo.

LA ANARQUÍA, por Elíseo Reclus.

LA MUJER, *consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*, por Teresa Claramunt.

Estos folletos se venden al precio de 15 céntimos ejemplar.

A los corresponsales se les hace el 33 por 100 de rebaja.

Los pedidos han de venir acompañados de su importe.

El Porvenir del Obrero

CONDICIONES:

Suscripción: Un trimestre. Ptas. 1'00
Número suelto » 0'05
Paquete de 30 ejemplares. » 0'90
Para el extranjero se carga el precio del franqueo.

Biblioteca de Divulgación

OBRAS PUBLICADAS

DINAMITA CEREBRAL. — *Los cuentos anarquistas más famosos*. — Colección de hermosas páginas de la literatura revolucionaria mundial, de firmas tan conocidas como las de Máximo Gorki, Anatolio France, Azorín, Domela Nienwenhuis, Bernardo Lazare, Anselmo Lorenzo, Ramiro de Maeztu, Carlos Malato, Octavio Mirbeau, Francisco Pí y Margall, Magdalena Vernet, Emilio Zola, etc.

HACIA LA EMANCIPACIÓN. — *Táctica de avance obrero en la lucha por el ideal*, por Anselmo Lorenzo. — Demostración de que el Proletariado va libremente mancomunado hacia su emancipación y a la regeneración social practicando el Sindicalismo, Boicote, Label, Sabotage, Huelga General, Enseñanza racionalista.

DEMOSTRACIÓN DE LA INEXISTENCIA DE DIOS, original del doctor Julio Carret, traducida del francés por José Prat.

Estos volúmenes se venden al precio de una peseta en la Tipografía Mahonesa, calle Nueva, Mahón (Baleares) y en las principales librerías y puestos de venta de libros y periódicos.

Tomando de 3 volúmenes en adelante se hace un descuento del 30 por 100.

No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su importe.

Correspondencia

Valenzuela. — A. P. N. — Recibido una peseta. Servimos suscripción.

Ciudadela. — A. T. — Recibido 14 pesetas. Tienes pagado hasta el presente número con 4'50 pesetas a nuestro favor.

Sama de Langreo. — C. A. — Enviamos folletos y escribimos.

Sevilla. — J. S. R. — Servimos los libros que pides y escribimos.

Tipografía Mahonesa, calle Nueva, Mahón